

ta facilidad se pulverizan y se rebaten. Sí, me diréis, lo vemos; pero ¿qué fruto hemos sacado nosotros de esta polémica? Esta polémica, sostenida en un concurso de incrédulos, hubiera sido oportuna, interesante, provechosa; pero respecto de nosotros ha sido enteramente inútil, porque por la misericordia de Dios estamos convencidos de todo lo que enseña la fe acerca del infierno.—¿Vosotros convencidos? A la prueba. Suponed que yo soy un profeta inspirado de Dios, y que sabiendo las cosas que han de suceder á cada uno de vosotros, os las descubro y os digo: Escúchame, jóven: no bien habrás tú desahogado la pasión brutal, cuando te acometerá una seria enfermedad que te tendrá diez años postrado en un lecho. Oye, mujer: si con tus inmodestias llegas á ocasionar un solo mal pensamiento en el prójimo, perderás al instante todo el atractivo, y quedarás fea, disforme y de un aspecto asqueroso. Atiende, avaro: el día que cometas una injusticia en tus contratos, un contratiempo que no preves, vendrá á aniquilar toda tu fortuna. ¡Santo Dios! ¿qué es lo que veo? Triunfa el jóven de su brutal pasión, por temor de la enfermedad anunciada: hácese modesta la mujer, por no aparecer fea y disforme: vuélvese leal el avaro, por no perder su hacienda. ¡Santa fe! ¿dónde estás? Por temor de un mal pequeño y temporal se deja de pecar; ¿y por temor de un infierno el pecado no se deja? ¿Y vosotros creéis en el infierno? ¡Ah! que cuanto mas considero vuestras costumbres, mas convencido quedo de la urgente necesidad que hay de cimentaros mas y mas en la creencia de un infierno horrible, espantoso y eterno. Esto es lo que he hecho hoy, probando que el infierno está en perfecta armonía con la sabiduría, bondad y justicia de Dios; y que sin dejar Dios de ser infinitamente sábio, bueno y justo, os condenará á sus eternas llamas, si con vuestras culpas os haceis merecedores de ellas. Lo que importa es, evitarlas. Amen.

DOMINGO VIGÉSIMO DESPUES
DE PENTECOSTES.

En el evangelio de este domingo hallamos tres textos que pueden servir de base para otros tantos asuntos morales. El uno es aquel con que empieza el mismo evangelio: Erat quidam regulus cujus filius infirmabatur Capharnaum; y sobre él puede formarse un bellissimo discurso acerca de los deberes de los padres para con sus hijos, dándole el siguiente exordio: «Habia en Capharnaum un oficial de la corte de Herodes, cuyo hijo estaba gravemente enfermo. Habiendo oido el dicho oficial que Jesucristo venia de Judea á Galilea, fué á apersonarse con él, y le suplicó se dignase pasar á su casa á curarle el hijo, que se estaba muriendo. No obstante que esta demanda le mereció una severa reprehension de Jesucristo, por la poca fe que mostraba creyendo necesaria su presencia para dar la salud á su hijo, él no desistió de su pretension, antes con mas instancia le dijo: «Suplicote, Señor, que vengas antes que mi hijo muera. Dijole entonces el Salvador: Anda, que tu hijo ya está bueno. No dudó el oficial de que era realmente así: se fué contento á su casa, y por el camino ya encontró á sus criados que se anticipaban á darle la alegre noticia de que su hijo habia enteramente curado, y que habia comenzado á encontrarse mejor á la hora séptima del día antes, que era precisamente la hora en que el Salvador le habia dicho: Tu hijo está bueno. ¡Oh! si todos los padres tuviesen de la salud espiritual de sus hijos el cuidado que aquel oficial tuvo de la salud corporal del su-

«yo, ¿se vería á tantos muertos á la gracia? Yo sé que este «desastre se atribuye generalmente á la indole perversa de los «mismos hijos, y no lo negaré respecto de algunos; el mal em- «pero debe ordinariamente atribuirse á los padres, que no cum- «plen con ellos los deberes impuestos por Dios y por la misma «naturaleza. Estos deberes son principalmente tres, y por la «explicacion que voy á daros de ellos os convenceréis de que los «mas de los padres los tienen del todo olvidados, haciéndose así «reos delante de Dios de la perdicion de sus hijos.»—Tómese en seguida el cuerpo de la plática que hay en el tomo 2.º del Catequista orador, pág. 109.

El otro texto es: *Credidit homo sermoni, quem dixit ei Jesus; y puede servir para tratar de la fe teologal, disponiendo así el discurso: «No es posible leer el presente evangelio sin admirar el medio extraño de que se sirvió la Providencia para llevar á un gentil á la profesion de la verdadera fe. Era este un caballero que servia en la corte del rey Herodes, y de consiguiente un hombre que no creía en Jesucristo, ni abrigaba el menor pensamiento de hacerse discípulo suyo. Hizo la casualidad, ó mejor dicho, dispuso Dios, que un hijo que tenia cayese enfermo de mucho cuidado; y deseoso el caballero de procurarle la salud, fué á encontrar á Jesucristo, de quien habia oido referir que hacia varias curaciones. El Salvador, no obstante que conocia la ninguna fe que tenia en él, atendió benignamente á sus deseos, y dió salud completa á su hijo. Viendo el hombre un tal milagro, le reconoció por verdadero Dios, creyó en él, y con toda su familia se hizo discípulo suyo y abrazó su religion y doctrina: Credidit ipse, et domus ejus tota. ¡Qué fortuna fue para aquel hombre el caer enfermo su hijo! Nosotros, cristianos, todavía mas afortunados que él, no hemos tenido que ir á buscar la fe, sino que la fe ha venido á buscarnos á nosotros, habiéndonos Dios infundi-*

«do su hábito ya desde nuestra entrada en el mundo, y desde «el dia que fuimos hechos cristianos. ¡Qué dicha, qué fortuna «haber encontrado el camino del cielo sin buscarlo! Pero si bien «cuando éramos niños la sola fe habitual hubiera bastado para «conseguir el cielo, no bastaria ahora que somos ya adultos. A «la fe habitual debemos añadir su ejercicio, creyendo con actos «propios y personales todo lo que Dios ha dicho y revelado, y «la santa Iglesia nos propone como punto de fe. Esta es nuestra obligacion, obligacion de la cual ningun adulto puede prescindir, y de la que quien prescinda será eternamente condenado. Para que comprendais hasta dónde alcanza esta obligacion, os descubriré tres cosas muy importantes sobre la fe, á saber, su necesidad, su objeto y sus caractéres.»—Siga inmediatamente la plática que corresponde á la pág. 14 del tomo 1.º del Catequista orador.

El tercer texto es el que proponemos por tema del siguiente discurso, al cual designamos con el título:

Credibilidad de la fe católica.

Nisi signa et prodigia videritis, non creditis. (Joan. iv, 48).

Esta fue la respuesta que nuestro Salvador dió á un empleado de la corte de Herodes, que le pidió pasase á su casa á curar un hijo que tenia enfermo. Vosotros, le dijo, si no me veis hacer prodigios y milagros, no creéis en mí: *Nisi signa et prodigia videritis, non creditis*. No basta que yo os diga uno y otro dia, que he venido del cielo, que soy Hijo de Dios, y que á mí están sujetas todas las cosas: queréis pruebas, queréis demostraciones, queréis milagros; y en no viéndolos, no hay que creer: *Nisi signa et prodigia videritis, non creditis.*

Mas, para que te convenzas de mi poder y divinidad, y sepas que realmente soy Hijo de Dios, te lo probaré por medio de milagros, ya que, segun parece, son los únicos argumentos que te convencen. Anda, que tu hijo ya está curado: *Vade, filius tuus vivit.*

¿No es verdad, fieles, que esta respuesta vendria de molde á esos que rehusan someter su entendimiento á la fe católica, so pretexto de que es oscura é incomprensible? Vosotros, podríamos decirles, en no teniendo demostraciones de las verdades de nuestra fe, no os dais por convencidos. No basta que la Iglesia os diga una y otra vez que Dios os habla por medio de ella: y que cuando Dios dice una cosa, el hombre debe creerla, tanto si la comprende como si no. Quereis razones, quereis argumentos, quereis evidencia. Bien, ya que así lo quereis, preciso será complaceros. ¿Prometeis creer dócilmente cuanto enseña la fe católica, si os demostramos evidentemente que ella es verdadera? Es que nuestra fe, aunque oscura en el fondo, no deja de tener demostraciones que la hacen evidentemente creible. Semejante á la misteriosa nube que conducia á los hebreos por medio del desierto, tiene dos puntos de vista muy diferentes, el uno oscuro, el otro claro. Es oscura por la intrínseca incomprensibilidad de los misterios que enseña, es clara por la evidencia extrínseca de las pruebas que presenta.

Yo quiero, fieles, desenvolver hoy en vuestra presencia una de estas pruebas, no mas que una; pero tan poderosa, tan clara, tan concluyente como pueda serlo cualquiera demostracion geométrica. Y no lo haré porque dude de la firmeza de vuestra fe, que tengo bien conocida; sino para que tengais el consuelo de ver en qué argumentos tan poderosos se apoya, y comprendais que el obsequio que prestais á Dios creyendo, no es un obsequio indiscreto, sino racional, y

muy propio de personas que saben el por qué de su creencia. Oidme.

Aquella fe es evidentemente verdadera, cuyo establecimiento solo ha podido proceder de Dios, autor de toda verdad: es así que el establecimiento de la fe católica solo ha podido proceder de Dios, porque solo Dios pudo superar los obstáculos que se opusieron al tal establecimiento, y solo Dios pudo hacer eficaces los medios que en ello se emplearon; luego nuestra fe es evidentemente verdadera. Aquí teneis el argumento: entremos ahora en las pruebas de la segunda proposicion, que es la única que puede tener alguna dificultad.

Y para que os hagais cargo de los grandes obstáculos que se opusieron al establecimiento de la fe, dad una mirada, os ruego, al personaje que la promulgó, al tiempo en que la predicó, y á las máximas con que la proclamó; y desde luego descubriréis tres obstáculos grandes, poderosísimos, y humanamente insuperables. ¿Quién era el personaje que promulgó esta fe que han abrazado los reyes, los sábios y las naciones mas cultas de la tierra? ¿Era algun César romano? ¿Era algun filósofo de Atenas? ¿Era algun sábio de gran fama y nombradía? No: era un sujeto de quien era público y notorio que habia tenido un establo por cuna, una tienda de carpintero por escuela, y por patria una pequeña ciudad de Galilea llamada Nazaret, de donde, como decia un refran vulgar de aquel tiempo, no podia salir cosa buena: *A Nazareth potest aliquid boni esse*¹? Era un sujeto de quien sabia todo el mundo que siempre habia llevado una vida oculta y aislada, que nunca habia salido de su país para estudiar la política ó la religion, que jamás habia entrado en una escuela

¹ Joan. 1, 46.

para aprender siquiera á leer. De modo que cuando comenzó á publicar su doctrina, todos se preguntaban admirados : ¿De dónde ha sacado los conocimientos este que nunca ha estudiado? *Quomodo hic litteras scit, cum non didicerit*¹? Era un sujeto de quien nadie ignoraba que habia sido reputado por un fanático, por un supersticioso, por un embustero ; y que por tal habia sido condenado por la gente mas sábia é ilustre de su nacion á morir crucificado en medio de dos facinerosos.

¡Oh! qué obstáculo era este al establecimiento de nuestra fe! ¡Qué! hubiera dicho cualquiera, ¿un sujeto de tan baja esfera quiere que todo el mundo abrace su doctrina? ¿Un ignorante aspira á ser maestro?... ¿El hijo de un carpintero pretende hacerse legislador?... ¿Un ajusticiado presume introducir una nueva creencia en el universo?... ¿Y yo emperador, yo sábio, yo filósofo, yo princesa, doblaré mi rodilla ante un malhechor que dejó ignominiosamente la vida sobre una cruz? ¿Yo me haré discípulo de un hombre deshonado, abrazaré la doctrina incomprensible que me enseña, creeré que él es hombre y Dios juntamente, que su padre es Dios, que su madre es vírgen, que su cuerpo está bajo las especies de pan... y todas estas, y otras cosas no menos extrañas, las creeré solo porque él las dice? Sueño, delirio, locura.—Y sin embargo, fieles míos, el tal sueño, el tal delirio, la tal locura no tardaron mucho en realizarse. No obstante que el autor de nuestra fe Jesucristo llevaba en su mismo carácter un obstáculo tan grande á la propagacion de su doctrina, su doctrina no ha dejado de propagarse por todo el mundo. ¿Quién pudo vencer este obstáculo? ¿Quién pudo obrar este milagro? Dios, no mas que Dios.

Pero ¿quién sabe, diréis vosotros, si la condicion de la épo-

¹ Joan. vii, 15.

ca en que Jesucristo promulgó nuestra fe pudo ayudar mucho á su establecimiento, aunque él llevase en su carácter un obstáculo tan grande? Tal vez en aquel entonces en el mundo no habia ni creencias, ni culto, ni religion : y en tal caso ya no seria tan de admirar que Jesucristo lograra introducir la suya, así como no es de admirar que un cualquiera se posesione de un terreno que no tiene dueño.—Ya se ve que si entonces el mundo se hubiese hallado del modo que suponéis, no solo no hubiera ofrecido un grande obstáculo á la introduccion de nuestra fe, sino que la hubiera facilitado ; pero ¿acaso se hallaba así? Todo lo contrario, fieles. Entonces el mundo estaba todo lleno de dioses, de templos y de altares. Sin contar los dioses mayores que se tenian repartido el dominio del cielo, de la tierra, del agua y del aire : habia dioses pequeños que presidian las diferentes especies de las cosas, aun las mas bajas y menudas. Dioses para las ciudades, dioses para los campos, dioses para las fuentes, dioses para los rios, dioses para la paz, dioses para la guerra... ¿qué sé yo? Cada familia, cada arte, cada ciencia, cada casa, cada jardin, y hasta cada vicio tenia su númen especial y protector ; resultando de aquí que todas las ciudades, todos los bosques, todos los caminos, todas las casas estaban pobladas de dioses y altares ; habiendo, como dice un autor satírico, mas templos que casas, y siendo mas fácil encontrarse con un Dios por un camino, que con un hombre. Pregunto ahora : cuando en el mundo habia tanta supersticion, tanta idolatría y tanto fanatismo, ¿era buena ocasion, segun los cálculos de la prudencia humana, promulgar una fe que venia á echarlo todo por tierra, y que declaraba sacrílego el culto que se diera á quien no fuese el mismo Jesucristo, ó su Padre que le habia enviado? ¿Estaba el mundo muy bien preparado para recibirla? ¿Quién pudo hacer que la aceptase? ¿Quién pudo in-

ducir á los hombres á renunciar sus ídolos, sus tradiciones y sus creencias, y abrazar la fe que les anunciaba el que ellos llamaban *ciudadano de Nazaret*? Dios, no mas que Dios.

Si él hubiese proclamado un símbolo placentero, no seria tan de admirar que hubiese logrado persuadirlo á los hombres; pues los hombres creen y reciben fácilmente lo que favorece la carne y las pasiones, venga de donde viniere. Pero ¡ah! que el símbolo que él anuncia no contiene sino máximas de austeridad, penitencia y abnegacion. Él lleva la guerra á los objetos mas caros, á los apetitos mas dulces y á las afecciones mas tiernas del corazon humano: él predica el desprecio del mundo, la renuncia de la tierra, y el aborrecimiento de sí mismo: él manda volver bien por mal, amar á los que nos aborrecen, y ofrecer la mejilla derecha al que nos hiere en la izquierda: él prescribe la humildad del corazon, la crucifixion de la carne, la abnegacion de la propia voluntad, y el odio santo de sí mismo: él en fin condena el regalo, la codicia, la ambicion y el apetito inmoderado de los placeres. ¡Qué máximas estas para hacerlas abrazar del soberbio romano, del voluptuoso egipcio, del fiero scita, y del carnal judío! No bien Jesucristo las anuncia, cuando se levanta un grito general de desaprobacion, y todo el mundo protesta y declara que no admite una tal ley, ni quiere doblegarse al imperio del nuevo legislador: *Nolumus hunc regnare super nos*¹. ¿Con qué, mundo idólatra, no admites la ley que te presenta Jesús? ¿no quieres reconocerle por tu legislador? ¿rehusas abrazar la doctrina que te enseña? ¿Qué habrá pues de hacer él? ¿habrá de retirarse?... No, cristianos: el mundo se desdice pronto de su protesta, el mundo se retracta luego de su declaracion, é hincado de rodillas ante Jesucristo,

¹ Luc. xix, 14.

le adora por Dios, y recibe humildemente de su mano el código penoso de su legislacion. ¿Quién pudo obrar un tal cambio? ¿quién pudo hacer este prodigio? Dios, no mas que Dios.

Pero si solo Dios pudo vencer estos obstáculos que se oponian al establecimiento de nuestra fe, solo él pudo tambien dar eficacia á los medios que se emplearon para establecerla. Y para que lo veais quiero hacer una suposicion. Supongamos que cuando Jesucristo quiso fundar nuestra santa religion hubiese reunido en consejo á cuantos filósofos, sábios y políticos florecian por aquel tiempo en Atenas, en Roma y en todo el mundo; y que descubriéndoles el plan que llevaba, les hubiese hablado de este modo: «Yo me he propuesto fundar «una nueva religion en el mundo, y una religion que cambie «toda la faz de la tierra, y haga que los hombres muden radicalmente de costumbres, de política y de moral. Por esto «lo primero que haré será barrer la tierra de esa chusma de «deidades que la infestan, y hacer que los reyes, los emperadores y los pueblos se postren delante de mí, reconociéndome por su legislador, por su maestro, y por su Dios. Conseguido esto, propondré á los hombres dogmas oscuros, incomprendibles, y en la apariencia contrarios á la razon; y á cuantos no crean sinceramente estos dogmas, los declararé eternamente condenados. Yo promulgaré un moral austero, unos preceptos penosos á la carne, unas leyes muy difíciles de cumplir; y á los que cumplan fielmente estas leyes, de presente les señalaré por premio cruces y mortificaciones, y para lo venidero unos goces que no alcanzan los sentidos. Y por último, tengo el ánimo de que esta mi religion eclipse todas las otras, y llegue á ser la religion de los sábios, la de los poderosos y la de todos los pueblos civilizados. Este es mi plan: decidme ahora lo que os parezca acerca de él.»— A estas palabras de Jesucristo ¿qué hubiera contestado aquel

respetable consejo de filósofos, políticos, y sábios legisladores? Vuestro plan, ó Nazareno, le hubieran dicho, es grande, es vasto, es magnífico; pero en nuestro concepto irrealizable. ¿Cómo arrancar de cuajo esa idolatría que está diseminada por todo el mundo, y tiene á su favor la sancion de tantos siglos? ¿Cómo desarraigar de los hombres esas costumbres carnales y groseras en que siempre han vivido, y hacerles tomar esas costumbres severas que indicais, sin ofrecerles de presente otro premio que penas, y en lo venidero gozos que ellos no son capaces de comprender? ¿Cómo hacer que os reconozcan á Vos por Dios, sabiéndose donde nacisteis, donde fuisteis educado, y donde habeis pasado todos los años de vuestra vida? A no ser que Vos dispongais de medios muy poderosos... Yo os diré los medios de que dispongo: tengo una docena de pescadores reunidos de aquí y de allá, y pensaba distribuirlos por todo el mundo, á fin de que esparciesen en todas partes mi doctrina. Este es el medio de que pienso valerme, y de cierto que no emplearé otro. ¿Qué os parece? ¿será eficaz?—Páreceme, oyentes, que al oír aquellos sábios semejante proposicion, ó hubieran soltado una carcajada, ó movidos de lástima, hubieran dicho á Jesucristo: Ahora vemos, ó buen Nazareno, que vuestro plan es de los mas insensatos que puedan concebirse. Vuestros discípulos no harán nada, serán la mofa de todo el mundo, y Vos no conseguiréis otra cosa que hacer vuestro nombre ridículo y despreciable.

Y sin embargo, fieles, todo ha pasado del mismo modo que Jesucristo hubiera dicho en el caso que acabo de suponer. Su reino se ha extendido por todo el universo; y en nuestros dias continúa tan jóven y lleno de vida, como el dia que se estableció. Los ídolos han caido, sus altares están derribados, sus templos ya no ofrecen mas que ruinas. Los hombres creen cosas que no entienden, y practican un moral que

crucifica las pasiones. Jesucristo, el ciudadano de Nazaret, el ajusticiado en el Calvario, es adorado por Dios en toda la tierra, y su bendita cruz brilla sobre el Capitolio, honra las coronas de los reyes, y recibe culto en todo el universo. Y todo esto se ha hecho, no con ejércitos, no con dinero, no con discursos sábios y elocuentes; sino con la simple predicacion de doce pescadores. Doce pescadores solos han conquistado mas provincias, han sujetado mas pueblos, han derrotado mas enemigos, han dado la ley á mas naciones, que los mas famosos conquistadores con millones de brazos armados. Doce solos pescadores han hecho lo que no hubieran conseguido todos los reyes del mundo juntos: han arruinado la idolatría, han sepultado la sinagoga, han hecho enmudecer la filosofía, han avergonzado el vicio, y han establecido el reino de la virtud. Doce pescadores solos han confundido á los sábios, humillado á los grandes, vencido á los poderosos, y sujetado el universo al dominio de la fe. ¿Quién pudo hacer cosas tan grandes por unos medios tan pequeños? ¿Quién pudo dar eficacia á unos medios de suyo tan débiles? Dios, no mas que Dios. Luego Dios es el autor de nuestra Religion, luego nuestra Religion es evidentemente verdadera, luego nosotros debemos creer humildemente todo cuanto nuestra Religion nos enseña, tanto si lo comprendemos como si no.

¿Y qué necesidad tenemos de comprenderlo? ¿No lo asegura la Religion? ¿La Religion no ha sido establecida por Dios? ¿Dios puede permitir que su Religion nos engañe? No. Pues con solo saber esto, ya sabemos cuanto es menester: querer saber mas es tontería. Para creer á ciegas á un hombre, toda la dificultad consiste en saber si es hombre sabio y de honor: desde el momento que nos convencemos de que lo es, ya no tenemos dificultad en creerle, aun cuando no nos ofrezca prendas de lo que dice. Del mismo modo, todo lo que

podria haber de dificultad, para creer dócilmente lo que la fe nos enseña, estriba en saber si ella es evidentemente verdadera ; veo que sí, pues enséñeme lo que quiera, que yo tendré por mas cierto lo que ella me diga, que aquello que veo con mis ojos y palpo con mis manos. Este deseo sea tambien vuestro modo de pensar. Amen.

DOMINGO VIGÉSIMOPRIMERO DESPUES

DE PENTECOSTES.

A la simple lectura de la parábola que refiere el presente evangelio, se echa de ver que su objeto es, recordar á los hombres los derechos de la justicia, y estimularlos á dar á cada uno lo que es suyo. De consiguiente, sobre ella puede formarse un discurso sobre la injusta retencion de lo ajeno, tomando por tema las palabras : Redde quod debes ; y poniéndole el siguiente exordio : «Hubo un rey, dice el presente evangelio, que quiso tomar «cuentas á sus criados. Habiendo empezado á tomarlas, se le «presentó uno que le debia diez mil talentos, esto es, unos dos- «cientos millones de reales ; y no teniendo con que pagar tan «crecida suma, se le echó á los piés suplicándole, que tuviese «un poco de paciencia, que él con el tiempo se lo pagaria todo. «Por lo que compadecido el rey, le condonó toda la deuda. «Apenas salió este criado, cuando halló á uno de sus compa- «ñeros que le debia cien denarios, es decir, unos ciento y se- «senta reales ; y asiéndole por el cuello, le sofocaba, dicién- «dole : Paga lo que me debes : Redde quod debes. Por mas «que este le suplicaba, que tomase paciencia, que él con el tiem- «po se lo pagaria todo, no quiso oírle, sino que le hizo poner «en la cárcel. Habiendo sabido esto el rey, le llamó y le dijo : «Siervo estrafalario, yo te condoné todo lo que me debias, por- «que tú me lo pediste : ¿pues no debias tú tambien compade- «certe de tu compañero, como yo tuve compasion de tí? Y en «seguida le entregó á los ministros de la justicia para que le